

ARLEQUÍN

No habrá un refugio amable para los espíritus delicados.

FLORENCIO

¿Adónde pudiéramos huir?

ESCENA V

DICHOS, el DESTERRADO y LAURO, por la segunda derecha.

DESTERRADO

Es inútil que lo intentéis; todos somos prisioneros de guerra. Vuestro egoísmo había suprimido de vuestro corazón el amor a la patria, y ahora las desdichas de nuestra patria os duelen en vuestro egoísmo tanto como os dolerían en vuestro amor. ¡Ah, pues si el egoísmo se bastara a sí propio! Pero cuando somos más egoístas, cuando más tranquilos queremos vivir, más necesitamos de la tranquilidad de los que nos rodean. De lo que no quiso inquietarse nuestro amor ha de inquietarse nuestro egoísmo.

ARLEQUÍN

Nuestro egoísmo, como decís, nunca nos hubiera llevado a la guerra; sabíamos la suerte que nos esperaba.

DESTERRADO

También yo, pero era preciso llegar hasta el fin; era preciso que vuestro egoísmo y el de todos sintiera el dolor de no haber amado a la Ciudad como debisteis

amarla, y hoy no padecería vuestro egoísmo con sus tristezas. Aun debierais padecer más; aun debiera ser más implacable el extranjero... Aun puede que lo sea si aun necesitamos de él para poner paz en vuestras propias discordias.

ARLEQUÍN

¿Y qué fué de ti, Lauro? Nos dijeron que irias a combatir.

LAURO

¿A combatir? ¿Pero hubo combate? ¿Hemos tenido guerra? ¿No ha sido todo un sueño? Sí, yo pensaba ir, pensé haber ido; hubiera dado mi vida por la gloria, por el honor de la Ciudad; pero ya lo veis, estoy entre vosotros con mis galas cortesanas de siempre.

FLORENCIO

Pues nos dijeron...

AURELIO

Creímos que... Sin duda el Magnífico, conmovido ante los ruegos de su hija, te ordenó que no fueras.

LAURO

Sí, eso ha sido: ¿podía yo desoir los ruegos de mi Julia?

DESTERRADO

¿Qué dices, Lauro? ¿Por qué mientes? Decid que no es verdad; fué a combatir; yo os lo digo. ¿Por qué quieres negarlo ahora?...

LAURO

Porque no fué combatir, padre; porque no fué la guerra; porque no quisiera acordarme de nada; porque quisiera que nada hubiera sido; porque no fué la derrota en que se lucha hasta la desesperación, hasta la muerte; fué la vergüenza ante el enemigo, fué su burla despreciativa. Las armas inútiles en nuestras manos, sin balas y sin pólvora. Fué perdonarnos la vida..., porque pudieron destrozarnos y ni morir era posible, si no era a nuestras propias manos. ¿Para qué habian de matarnos si éramos suyos indefensos, rendidos?... ¡Ah, señor Arlequin! Las ironías, el desdén con que soliamos hablar de nuestros males y nuestros defectos, la donosura con que motejábamos a nuestros gobernantes, la graciosa murmuración con que ponderábamos sus listezas o sus desaciertos..., todo eso y nuestro vivir sin conciencia, contentos al señalarnos con el dedo unos a otros para decir «allá va el pecador» en vez de golpear cada uno a mano llena su propio pecho, diciendo «yo pequé» hasta que el corazón sangrara; todo eso que era nuestra vida, tan fácil, tan alegre, tan despreocupada, se ha sumado como un sarcasmo en la risa de los soldados enemigos, que al vernos afrontar la muerte con insultos, que ya no nos quedaban otras armas, reían de nosotros compasivos para que su risa fuera más humillante, y sin odio decían: «¡Pobre gentel! ¿Quién la envió a combatir? ¿Qué gente es ésta? ¿Son locos o son niños?» Y así nos tratarán, como a niños o a locos. ¡Qué vergüenza, padre; qué vergüenza! ¡Malditos los que a ella nos trajeron! ¡Malditos los que nada hicieron por evitarla! ¡Malditos los que nunca pensaron en ella!

DESTERRADO

Y aun hemos de caer más bajo, que en vez de acep-

tar cada uno su parte de culpa, aun pretendemos culparnos unos a otros, y ante la patria crucificada, será echar suerte sobre sus vestiduras. El ardor que no pusimos en combatir contra el extranjero, lo pondremos ahora en combatir unos contra otros, hasta que el extranjero mismo haya de poner paz en nuestras discordias para mayor vergüenza.

ARLEQUÍN

¿No veis, amigos? Girasol y Colombina llegan... Mucho es su atrevimiento, que no está la Ciudad para que mujeres solas anden por sus calles.

ESCENA VI

DICHOS; GIRASOL y COLOMBINA, por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

¿Qué es esto, Girasol? ¿No temes al pueblo alborotado?

GIRASOL

¿No sabéis nada?

COLOMBINA

¡Ah, es horrible! Hasta ahora no lo supimos... Leandro ha muerto.

ARLEQUÍN

¡Leandro!

FLORENCIO

¡Nuestro amigo Leandro!

LAURO

Si. ¿No lo sabiais? Ha muerto como un héroe.

DESTERRADO

El Magnifico le hizo llevar a su palacio...

GIRASOL

Íbamos a dejar estas flores sobre su corazón...

ARLEQUÍN

Que te amó tanto.

GIRASOL

Yo no sé si fué amor; pero como el amor hablaba, y para mí fueron los últimos pensamientos de su vida. Quizás al morir, en ese instante en que, según dicen, pasa con rapidez toda nuestra vida por nuestro pensamiento, pasé yo la última, como una ilusión, como un deseo que no pudo lograrse en la vida y con el alma abre sus alas para perderse en donde todo es infinito.

COLOMBINA

¡Pobre Leandro!

ARLEQUÍN

Iremos contigo, Girasol; también nosotros llevaremos flores al que fué nuestro amigo en los días felices.

FLORENCIO

Esperad. El Magnifico llega acompañando a Silvia.

AURELIO

El Magnifico por las calles sin su guardia, sin cortejo alguno.

LAURO

Su corazón es grande y nada teme...

ESCENA VII

DICHOS; CRISPÍN y SILVIA, por la segunda izquierda

FLORENCIO

Señor...

ARLEQUÍN

Señor...

CRISPÍN

El que fué mi señor ha muerto. ¿No lo sabiais? Con él murió Crispín; sólo queda el Magnifico, una sombra vestida de un ropaje señorial. Quise ser yo quien llevara a Silvia a rezar ante él... Yo fui testigo de su primer beso de amor, cuando su corazón lleno de vida decía: «Para siempre»... Ahora... será el último beso el que dirá... «Ya nunca», que es también para siempre. El amor sólo sabe decir palabras de eternidad...

SILVIA

Llebadme pronto... No puedo más... ¡Ah!... ¡Esa mujer! ¿Por qué llora? ¿Por qué lleva flores también?

CRISPÍN

Es Girasol.

GIRASOL

Señor, perdonad. Si yo hubiera sabido...

CRISPÍN

¿También eran para él esas flores?

GIRASOL

No puedo negarlo.

CRISPÍN

Acércate.

SILVIA

Vamos, vamos de aquí. No quiero verla; ofende mi dolor, le insulta.

CRISPÍN

Dejadme. No estaría bien que nos acompañaras... Dame una de esas rosas y pon un beso en ella. Así... Ahora, bésala tú también. Yo te ruego... Ponedlas todas sobre su corazón... Todos los amores de la tierra son un amor allá en el cielo... El alma es en la tierra mariposa; sus alas van hacia la luz adonde han de abrasarse, pero en tanto, las alas se fatigan, y al reposar su vuelo en una flor o en otra se detienen. ¡Son todas tan hermosas! Pero su vuelo era más alto, donde las flores son estrellas. ¡Allí en el alma enamorada de Leandro, tú, la azucena del jardín virginal de sus amores; tú, la rosa de un jardín de arteificio, las flores de su vida, seréis una flor sola, un solo aroma, en la claridad de su alma!...

GIRASOL

Gracias, señor...

CRISPÍN

Vamos, Silvia. *(Salen Silvia y Crispín por la derecha.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos CRISPÍN y SILVIA.

ARLEQUÍN

El Magnífico tiene alma de poeta, como todos los picares. Sabe que el sentimiento sólo se purifica alambicándolo... Estas dos mujeres, dejándose llevar de su natural, naturalmente se hubieran insultado al encontrarse. Un poco de amanerada poesía ha bastado para ennoblecere su dolor... Es preciso componer la vida como una obra de arte, amanerarla con sentimientos artificiosos, para suavizar sus rudezas... Los poetas debiéramos gobernar el mundo; le quitaríamos brutalidad en fuerza de arteificio...

FLORENCIO

Os acompañamos hasta vuestra casa... La Ciudad no está muy tranquila. Y los venecianos son atrevidos con las mujeres.

COLOMBINA

Son muy groseros.

AURELIO

¿Es que se han propasado contigo?

COLOMBINA

¿Conmigo decís? De ningún modo.

ARLEQUÍN

Por eso te parecen tan groseros. (*Salen Colombina, Girasol, Arlequín, Florencio y Aurelio por la izquierda.*)

ESCENA IX

EL DESTERRADO y LAURO

LAURO

¡Feliz Leandro! Envidiable suerte la suya, hasta en a muerte. Toda su vida fué como un torbellino de acción que no dejó lugar a la tristeza del pensamiento. Vivió de la vida más que de sí mismo. Murió al empezar el combate en la exaltación de entusiasmo que aleja el temor a la muerte y no deja percibir la inutilidad del sacrificio. Así hubiera yo querido morir..., con el entusiasmo de la esperanza, con la ilusión del triunfo. Ahora, los que sobrevivimos, ante la humillación de la patria, llegamos a dudar de nuestro propio sacrificio al defenderla...

DESTERRADO

Si, en esta hora todos parecemos igualmente culpables; por eso la voz más indigna de acusarnos nos parece voz justiciera. Por eso no nos atrevemos a mirarnos unos a otros, por eso el odio se levanta amenazador entre todos..., y el mayor enemigo de la Ciudad no es hoy el extranjero.

LAURO

El pueblo sólo espera la decisión del Magnífico al aceptar las condiciones de paz, para levantarse contra él...

DESTERRADO

¿Y no sabe ya en qué condiciones se tratarán las paces? ¡Ay de los vencidos!, dirán los vencedores... No es lo triste la humillación de esta derrota; lo triste es dejarse vencer por ella. Siempre podemos vencer a quien nos vence si sabemos resurgir del dolor fortalecidos. Pero, ya lo ves..., después de la derrota es la misma inconsciencia de siempre..., tan inconscientes en la tristeza y el desengaño como lo fuimos en la alegría y confianza, que todos sabían sin fundamento y parecían tan fundados como si todos hubieran estado seguros de haberlos cimentado en el deber cumplido, en el amor a la patria... Y era el patriotismo cosa fácil, era creerse cada uno mejor que los demás, sólo porque veía las culpas de todos y con eso las suyas ya tenían disculpa... Como en corrillos de comadres se murmuraba y se reía de la graciosa habilidad que tuvo el uno para engañar a otro, cómo se lucró aquél a costa del tesoro de la Ciudad, cómo éste vendió la mercancía averiada y estotro burló una ley o la dietó en provecho propio... Todo era ocasión de murmuraciones. Cómo nos divertíamos, hasta cuando parecíamos indignados al exclamar: ¡Bueno anda todo! ¡Los pícaros gobiernos, los bribones campan! Y con desconfiar unos de otros, todos vivían confiados..., cada uno se sentía superior a los otros y cada uno pensaba que él sólo era el justo por quien la Ciudad había de salvarse, como en las bibliotecas ciudades. (*Música.*)

LAURO

¿Oyes? El Magnífico sale con ceremonia de su palacio. ¿Será el anuncio de la paz? El pueblo corre hacia su palacio. Yo debo ir también; debo defenderle contra todos, suceda lo que suceda. ¿Qué harás tú, padre?... ¿Qué harás si el pueblo se levanta en contra suya?

DESTERRADO

Compartir su suerte... Él sabía lo que sería el despertar del pueblo, y por si despertaba en él un alma, quiso que yo le despertara... El alma de la Ciudad despertó un momento al amor de la patria...; pero fué una sacudida estéril, como evocación del espíritu en un cuerpo muerto... Un fantasma, una sombra... La vida fuerte y vigorosa, la plenitud de vida, lo que era necesario para triunfar..., no podía ser... Ya desespero que pueda ser nunca...

ESCENA X

DICHOS; POLICHINELA y PANTALÓN, por la derecha.

SEÑOR POLICHINELA

No puede ser... Debiéramos morir antes que consentirlo.

PANTALÓN

No hay justicia en la tierra, no hay justicia... ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!...

SEÑOR POLICHINELA

Es la ruina de mi casa.

PANTALÓN

Vos aun tenéis el consuelo de vuestra familia, pero yo me veo a la vejez solo y arruinado... ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!...

DESTERRADO

¿Qué os sucede? ¿De qué os lamentáis? Si hubiera oído de lejos vuestros lamentos sin saber que erais vosotros los que os lamentabais, creyera que eran mujeres de las que lloran por sus esposos, madres de las que lloran por sus hijos. No creí que los hombres pudieran lamentarse de esa manera.

SEÑOR POLICHINELA

Vos habláis como muy hombre, ¡claro está!; como nadie habéis perdido, que nada tenéis que perder y vivo está vuestro hijo y con esperanzas de una buena boda, que el bribón de Crispin a cuenta nuestra ha pactado la paz con los venecianos y ellos se comprometen a defenderle y han de pagarle bien sus buenos oficios...

PANTALÓN

Y nosotros lo pagaremos todo..., nosotros que nos hemos arruinado por ofrecer cuanto teníamos para la guerra.

SEÑOR POLICHINELA

Y yo que perdí un hijo, que un hijo era para mi Leandro y en mi casa ya nunca podrá haber alegría.

DESTERRADO

¿De modo que se acordaron las paces?

SEÑOR POLICHINELA

El Magnífico aceptó las condiciones..., condiciones indignas..., pagar una contribución de guerra a costa nuestra... Decid si esto es justicia..., entregar a los ve-

necianos el puerto con sus fuertes, dejando libre, en cambio, la Ciudad... Y para mayor ignominia, el Magnifico quiere que le acompañemos en su galera (mucho es que no quiere que rememos en ella)... a ofrecer en la suya al general veneciano la seguridad de nuestra fianza para que él ordene embarcar al punto a sus soldados y la Ciudad quede libre de ellos... Farsa indigna, que todos sabemos que el Magnifico quedará muy a salvo en la galera del general veneciano, mientras la guerra con los genoveses no termine..., y a nosotros nos volverá a la Ciudad para que las gentes soliviantadas por Publio saqueen nuestras casas, atropellen nuestras personas.

DESTERRADO

No temáis. El Magnifico os retendrá a su lado mientras la Ciudad no se calme.

PANTALÓN

Yo no iré, no iré... Prefiero que me maten aquí. Yo no dejo mi casa... No iré, no iré...

LAURO

El Magnifico llega. Su guardia le abre paso. El pueblo se retira en silencio... Pero su silencio es amenazador.

SEÑOR POLICHINELA

Debieran arrastrarle, que él nos ha traído a la ruina por ambicioso.

PANTALÓN

Y por torpe... Que pudo tratar con los venecianos y ellos nos hubieran pagado a nosotros.

SEÑOR POLICHINELA

Claro está que nos hubieran pagado, y no que ahora hemos de pagarles nosotros... Pero al señor Crispin le convenia honestar su traición a la Ciudad.

PANTALÓN

Haciéndonos creer que debíamos ir a la guerra...

SEÑOR POLICHINELA

Y como no faltó quien le ayudara a engañar al pueblo...

PANTALÓN

El que a todos nos acusaba de malos ciudadanos.

LAURO

¡Oh, callad, miserables!

DESTERRADO

No; deja que hablen..., que acusen. Ya no sé si son ellos los que tienen razón...; pero es muy triste, cuando la Ciudad sangra por tanta herida abierta, cuando tantas voces debieran clamar en nombre de cosas más altas, que sólo se alce sobre todos la voz de estos hombres que van clamando: «¡Mi dinero!... ¡Mi dinero!...» ¡Parece que toda el alma de la Ciudad era el dinero de estos hombres!

ESCENA XI

DICHOS; el MAGNÍFICO y acompañamiento, por la derecha.

CRISPÍN

Las paces han quedado firmadas, gracias a la generosidad del señor Polichinela y del señor Pantalón, aquí presentes. Ellos, con singular desprendimiento, han consentido en salir fiadores, con su hacienda, de la contribución exigida por los venecianos. La Ciudad no hubiera podido pagar en tan corto plazo. La Ciudad está en deuda con ellos...

PANTALÓN

¡Buena quedará la Ciudad para que nunca pueda pagarnos!

CRISPÍN

Señor Pantalón, no desgraciéis vuestra generosidad... Los soldados venecianos embarcan en sus galeras y la Ciudad queda libre de extranjeros... Sólo el puerto y los fuertes quedarán en su poder hasta que termine la guerra con los genoveses... Para consolidar el tratado de nuestras paces, debéis acompañarme. En la única galera que nos queda iremos a ofrecer acatamiento al general veneciano, que por graciosa cortesía quiere que mientras permanezca anclada ante nuestra Ciudad, sobre su galera almirante ondee nuestra bandera, que hemos de llevar con nosotros... Al izarse será saludada con cincuenta cañonazos. El general veneciano quería que sólo fueran veinticinco, pero no cedi en esto y serán cincuenta; ni uno menos.

SEÑOR POLICHINELA

Tenéis humor de chanzas todavía.

CRISPÍN

No por cierto... Por lo mismo que nos han derrotado debemos dar más importancia a estos pormenores honoríficos. La Historia en su día lo recoge todo... Embarcad ya, señor Polichinela, y vos también, señor Pantalón, que yo no tardaré en seguiros y no he de llevar otro acompañamiento. Hemos de zarpar en seguida.

PANTALÓN

No, yo no iré..., si no me obligáis por la fuerza...

CRISPÍN

De ningún modo. Pero hacéis mal. En la Ciudad no estáis muy seguro.

PANTALÓN

¿Qué puedo ya perder... si todo se ha perdido?...

CRISPÍN

Vos no me dejaréis, señor Polichinela. Ved que os necesito a mi lado. Volveremos a juntarnos sobre una galera..., pero no como en otro tiempo para remar en ella. Ésta bien puede ser, como suele decirse en usada imagen poética, la nave del Estado, que con tanto acierto hemos regido. Hay quien maldice de nosotros. Por eso conviene alejarse. Señor Pantalón, mal hacéis en no acompañarme.

PANTALÓN

No, no; dejadme..., dejadme...

CRISPÍN

Bien está. Así como así, de acompañarme todos los que yo deseara no cabíamos en diez galeras... Y sólo nos ha quedado ésta... No tardéis, señor Polichinela; pronto os sigo. (*Vase Polichinela por la izquierda. — Al Desterrado.*) Tú, que fuiste enemigo leal en mi grandeza, amigo fiel en mi desgracia...

LAURO

No embarquéis, señor... Pensad en vuestra hija.

DESTERRADO

No lleváis quien os defienda...

CRISPÍN

Los venecianos me hubieran defendido, pero no quiero defenderme. Sé lo que preparan... Publio y los suyos... Y nada haré por evitarlo. Conviene que el pueblo crea que hace justicia. Con la ilusión de que sus males han terminado se levantará su abatido espíritu... Dejádle creer que con Crispín y Polichinela los Crispines y Polichinelas acabaron. Yo sé que apenas haya embarcado, Publio y su gente caerán sobre mí, la tripulación se unirá a ellos, saltará a tierra dejándome encerrado..., para mi satisfacción, con el señor Polichinela..., y la galera, como si fuera en verdad la nave del Estado, arderá, arderá como ardería la Ciudad entera..., si todas sus culpas no pesaran sobre mí tanto, que sólo deseo purificarme. Así la Ciudad supiera purificarse de mí, como yo de ella... No intentes detenerme ni seguirme... Queda aquí, con tus hijos... Salva su amor y el amor a la Ciudad en su corazón y en el de sus hijos... ¡Nuestra Ciudad alegre y confiada, que nunca pensó en su asolamiento, que oyó la voz y despreció el avi-

so!... Lauro, los brazos. En ellos dejo el corazón de mi hija. En los tuyos el corazón de la Ciudad. Paso al Magnífico... (*Vase por la izquierda.*)

LAURO

¿Qué te dijo, padre? ¿Qué piensa? ¿Es cierto que huye de la Ciudad? Que hizo traición, y antes la guerra como la paz ahora sólo han sido un engaño más de Crispín... ¿Oís?... El pueblo dice... ¡Era verdad!

VOCES

(*Dentro.*) ¡A muerte los traidores! ¡Muera el traidor! ¡Muera!... ¡Muera!... ¡Venganza!

DESTERRADO

No, no es justo, no es justo. Han de oírme, he de defenderle. (*Más voces.*)

LAURO

¿Qué es esto? ¿El pueblo se arroja sobre él? (*Salen por la izquierda. Arlequín y Pantalón entran por la izquierda.*)

ARLEQUÍN

Huyamos... El pueblo enloquece.

PANTALÓN

Asaltarán mi casa... ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! (*Salen por la derecha. Voces, algún disparo. Vuelve el Desterrado con Lauro en los brazos, muerto, por la izquierda. Después Publio por el mismo lado.*)

DESTERRADO

¡Ah! ¡Mi hijo! Han matado a mi hijo y no fué el

extranjero... ¡Ciudad desventurada, madre de fratricidas..., que al llorar por tus muertos has de llorar también por sus asesinos, que todos son tus hijos!...

PUBLIO

¡Mueran los traidores!... ¡Eh!, ¿qué es esto? ¿Qué hicisteis?

DESTERRADO

¡Es mi hijo, mi hijo!

PUBLIO

No fué culpa mia. Se arrojó a salvar al Magnífico cuando el pueblo hacía justicia...

DESTERRADO

Si, habéis hecho justicia..., vuestra justicia.

PUBLIO

Los traidores entregaban al extranjero la bandera de la Ciudad, y la hemos rescatado.

DESTERRADO

¿Los traidores? ¿Hablas tú de traidores? No; la bandera de la Ciudad no puede estar en tus manos, manchadas con sangre de la Ciudad, con sangre de sus hijos... Yo la arrancaré de tus manos..., así. Y he de clavarla donde por fuerza ha de espantarte cuando quieras arrancarla... En el corazón de mi hijo... Ya ves cómo he de defenderla, clavada en su corazón por mi mano..., como en mi corazón el amor a la patria... Es mi alma y es la suya. ¡Es el alma de nuestra patria!... (Voces.) ¿Qué sucede? ¿Qué gritan? ¡Al loco! ¡Al loco! (Arlequín y Pantalón entran por la derecha.)

ARLEQUÍN

Es el señor Pantalón; las turbas saquearon su casa y ha perdido el juicio.

VOCES

¡Al loco! ¡Al loco!

PANTALÓN

¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

VOCES

¡Al loco! ¡Al loco!

PANTALÓN

¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

DESTERRADO

¡Ven aquí, miserable! Impiedad o locura, no clames así por tu dinero... Ya sé que para ti es eso nada más, ¡tu dinero!... Pero hay palabras más nobles para decir lo que vale tu dinero... ¿Tú sabes lo que quiere decir... tu dinero?... La ruina de la Ciudad, su humillación..., su vergüenza..., la sangre de sus hijos...

PANTALÓN

¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

DESTERRADO

No, eso no... ¡Patria mía! ¡Hijo mío! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA